

III

Se escucha el dolondrón de los ganados,
el balar de cabritos y corderos;
y la luna oriental y los luceros
se esconden por detrás de los granados.

Allí David, allí Jacob, cansados,
pastorearon con sus compañeros;
y espigaba los trigos más enteros
Ruth, la bella, en senaras y sembrados.

Se apagan las fogatas llameantes.
Vino y miel de Belén toman las gentes.
Los hombres, admirados y contentos,
vuelven a «aquel Portal»... Y suspirantes
las madres, a sus hijos, impacientes,
les hablan de Jesús, como en los cuentos.

IV

Por un ángel de Dios, Jesús despierto
fué. Y anunciado de crueles males,
huyeron de las tierras herodiales
donde el niño Jesús iba a ser muerto.

Los espinosos tallos del desierto
sufrieron; las arenas y canchales;
después, los sicomoros y maizales
a José dieron un descanso cierto.

Nuestra Virgen contempla aquella escena:
al Mesías, que duerme placentero;
a su esposo, transido de temor;
y tiene una visión de gloria y pena.
María ve a Jesús en el madero;
y ve en ella la espada del dolor.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



Voces y expresiones viciosas

Plegar y desplegar

LA lectura y el estudio de los buenos autores — ha observado Emerson — consti-

tuyen la base más sólida del conocimiento de un idioma.»

Esta afirmación nos parece discretísima e incluso irrefutable, cabría decir. Sin embargo, en ocasiones no basta el leer y estudiar los buenos modelos literarios para dominar bien un idioma. Aquí tenemos los dos verbos (1) del subtítulo del presente palique. *Plegar* y *desplegar* han dividido a los autores en dos grupos: los que emplean estos verbos considerando como irregulares las tres personas del singular y la tercera del plural de los presentes de indicativo y subjuntivo, y el singular y tercera de plural del imperativo: *pliego, pliegas, pliega y pliegan; pliegue, pliegues, pliegue y plieguen; pliega, pliegue y plieguen; despliego, despliegas, despliega y despliegan; despliegue, despliegues, despliegue y desplieguen; despliega, despliegue y desplieguen*; y los que entienden que son regulares y debe, pues, escribirse: *plego, plegas, plega y plegan; plegue, plegues, plegue y pleguen; plega, plegue y pleguen; desplego, desplegas, desplega y despliegan; despliegue, despliegues, despliegue y desplieguen*.

Uno y otro modo cuentan con numerosos observantes, como vamos a ver en seguida:

«... más bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios». Cervantes (*Don Quijote de la Mancha*).

«... sacude sus alas y despliega escondido su vital energía.» Don Tomás Aguiló (*A la sombra del ciprés*).

«... conmueven su corazón y despliegan las alas de su fantasía». (*Ibidem*).

«Y el algodón despliega al áurea leve». D. Andrés Bel'io (*La agricultura de la zona tórrida*).

«El cielo azul su majestad despliega». D. José Selgas (*El Estío*).

«... la naturaleza ostenta todo su imperio, y parece sonreír placidamente al contemplarse en la pompa que despliega.» D. Pedro José Pidal (*Estudios literarios*).

«... cuando ante nuestra vida se despliegan muy contrarios rumbos y derroteros...». Ramón Pérez de Ayala (*El curandero de su honra*).

«... que todas las veces que despliegue al viento la vanidad de su bazaría...» Gracián (*El Discreto*).

(1) Lo mismo puede decirse de *replegar*.

«Unas veces el sombrero se despliega en su falda y se achata en su copa». *El Solitario. (Escenas andaluzas).*

«No despliegues tus labios». (*Ibidem*).

Por no fatigar más la atención del lector no continuamos transcribiendo frases en las que aparecen usados los dos verbos, ya como regulares, ya como irregulares. Y lo más gracioso es que ha habido autores, como Fray Luis de León, Lope, Quintana, Martínez de la Rosa, Balmes, etc., que los han empleado en las dos formas. ¿Qué cabe hacer en un caso así? Ambos grupos tienen escritores de mucha valía, clásicos y modernos de indubitable solvencia literaria. Por otra parte, el hecho de que algunos escriban *plego* y *pliego*, *desplego* y *despliego*, parece dar a entender que es indiferente decir lo uno o lo otro. ¿Formaremos una estadística y nos inclinaremos del lado más numeroso? ¿Valoraremos a cada autor de uno y otro bando, sumaremos estas valoraciones y la suma más alta decidirá sobre el caso? ¿Haremos lo que nos pete? Esta será la consideración que se harán algunos.

D. Vicente Salvá, D. Andrés Bello y D. Rufino José Cuervo no se han atrevido a resolver la cuestión declarando de un modo rotundo la regularidad o irregularidad de estos verbos. Pues si el autor de *Gramática de la lengua castellana*, considera que *desplegar* es irregular, afirma también que muchos escritores lo emplean en su forma regular; el gramático y poeta venezolano admite las dos maneras y el autor del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, observa que «es indiferente diptongar o no la vocal» en las inflexiones transcritas más arriba.

Ahora bien, la Academia de la Lengua, que debe ser la máxima autoridad en estas cuestiones, se decide por la irregularidad de estos verbos en las personas, tiempo y modos indicados.

Nuestra ortodoxia en materia de lenguaje nos hará adoptar la forma irregular, que parece como un resabio del idioma respecto del sustantivo: el *pliegue*, el *despliegue*.

Con casi todos los verbos terminados en *ar* pertenecientes a la primera clase de irregulares, según la división hecha por la Academia, coexisten los sustantivos o adjetivos en que se encuentra, así mismo, el diptongo *ie* (1).

UN APRENDIZ DE HABLISTA



(1) Véase la *Gramática* de la Academia (Madrid, 1931), págs. 67 y 68.

El Puente de Alcántara, asombro del abismo y del paisaje

Por JOSÉ A. SAENZ DE BURUAGA

EL subtítulo de este artículo es uno de los versos del soneto, que dedicaron al puente de Alcántara varios excelentes poetas, componentes de la excursión celebrada el pasado día 30 de Octubre, con motivo de la II Asamblea de Estudios Extremeños. Ya se publicó en el semanario «Norma», correspondiente al día 31. Lo utilizo con la venia de su autor, don Francisco Rodríguez Perera.

Y, en efecto, el puente romano de Alcántara es eso, asombro del paisaje y del abismo. Ya la llegada a Alcántara, después de recorrer una carretera llena de polvo, en medio de campos monótonos, preludiaba con el cambio de decoración que estábamos cerca del puente famoso. En su proximidad recordaba yo perfectamente las fotografías tan divulgadas de aquellos lugares. Era el «paisaje del puente», agreste, abrupto, bravío, bello. Pero puedo decir que el puente es superior, vence a aquéllo, dicho de otra manera: el paisaje sería mucho menos sin el puente, el cual está por lo demás colocado en lugar estratégico tranquilo, lo que constituye, por otra parte, como observó atinadamente el culto arquitecto de Badajoz don Francisco Vaca Morales, uno de los secretos de su larga vida.

Desde el pueblo bajamos en un santiamén con los coches por la carretera zigzagueante—antigua vía de Norba a Beja—hasta el cauce del Tajo, mejor dicho, hasta el puente. La primera visión fué francamente satisfactoria. No me defraudó, como suele ocurrir a veces, cuando se ven cosas muy castigadas por los manuales. El puente era superior a lo que las fotografías me habían enseñado. Estas, por lo general, no han sabido darnos idea de la monumentalidad que tiene. Ya conocíamos, sí, su fama, sus medidas colosales, pero faltaba verlo. Cuando, apeados de los coches, pisamos la carretera, nos acercamos al abismo y vimos la colosal fábrica, nos quedamos anonadados todos. Y, en seguida, empujados muchos por un impulso irresistible, descendimos, malpisando las lajas pizarrosas hasta el lecho del Tajo, el aurífero Tagus de Plinio. ¡Desde abajo sí que es asombrosa la visión del puente! Se veían asomar por el pretl las cabezas de los que no bajaron, tan pequeñas como cocotas de alfiler. Desde el cauce es de donde se comprenden bien los 58 metros de altura, que tiene desde el nivel del agua y si uno se pone debajo de uno de los dos arcos mayores del puente, entonces ya se queda paralizado. Se ven los sillares formidables, sosteniendo los arcos muy altos, altísimos, salpicados éstos en su interior de nidos de golondrinas y se piensa más que nunca en la grandiosidad de las obras romanas. ¿Cómo se pudo hacer este puente con estas medidas colosales, empleando sólo hormigón, piedras y «forceps»? Las orillas del cauce aparecen alfombradas de arenas finísimas. Debe ser digno de ver el río, chocando y cortándose contra los pilares afilados en una gran riada. Seguro que constituirá todo ello un sublime dinámico involvi-